

Entre decisiones y raíces: la mujer que eligió avanzar

Doris Patricia Cevallos Zambrano

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí

doris.cevallos@uleam.edu.ec

Síntesis curricular: Doris Patricia Cevallos Zambrano es doctora en Educación y Sociedad por la Universidad de Barcelona, y candidata a doctora en Estudios de Género: Culturas, Sociedades y Políticas por la Universidad de Girona, España. Ha ocupado cargos de alta dirección académica como presidenta de la comisión interventora de una universidad pública, vicerrectora administrativa y coordinadora de proyectos internacionales. Es profesora titular en universidades de Ecuador y ha sido becaria de prestigiosas instituciones como la Asociación Universitaria Iberoamericana de Postgrado, Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y la Fundación Carolina. Ha publicado más de 30 artículos y capítulos en revistas y editoriales de América Latina y Europa, y ha liderado proyectos de investigación sobre liderazgo, innovación educativa, políticas de género y bienestar docente. Su compromiso con la transformación social y la educación superior le ha permitido formar a cientos de estudiantes e inspirar procesos institucionales con enfoque de equidad y calidad.

He aprendido que las decisiones importantes casi nunca se toman con certeza absoluta. Las más transformadoras se toman con el corazón latiendo rápido, los ojos puestos en una meta incierta y los pies firmes en la intuición. A lo largo de mi trayectoria académica y profesional, decir “sí” sin garantías ha sido una constante. No porque fuera imprudente, sino porque sabía que solo saltando era posible volar. Desde muy joven me vi en espacios de decisión. Fui presidenta de la Comisión Interventora para el Fortalecimiento Institucional de una universidad pública ecuatoriana, vicerrectora administrativa, presidenta del Consejo Administrativo, coordinadora de proyectos internacionales, mentora y guía de muchas personas en la academia. Llegar a esos espacios no fue un camino trazado, sino uno que construí mientras lo recorría. Muchas veces lo hice sola, y en otras tuve la fortuna de estar rodeada de mentores y colegas valiosos, así como de una fuerza interna que nunca me ha faltado.

Ser mujer y además joven en estos espacios significó enfrentar miradas que dudaban de mi capacidad, comentarios que intentaban suavizar mis decisiones o cuestionaban mi autoridad. Cuando me tocó hacer valer mi voz frente a actos corruptos, la respuesta no fue el respaldo, sino la persecución, el aislamiento, incluso por parte de otras mujeres,

de quienes habría esperado sororidad. Aprendí que la coherencia tiene un precio, pero también un valor incalculable. En paralelo, mi otra dimensión —la familiar— exigía atención, cuidado y amor. Ser madre, esposa, hija, hermana y tía implicaba estar presente, aún desde la distancia. Mientras organizaba congresos o defendía tesis, también ayudaba con tareas escolares, atendía emergencias, acompañaba procesos de crecimiento, conciliar ambas esferas ha sido un arte lleno de intentos, aprendizajes y cansancios; no siempre lo logré con equilibrio, pero siempre con amor.

Uno de los episodios que más me marcó fue mi paso como presidenta de la Comisión Interventora para el Fortalecimiento Institucional. Era muy joven, con mucha ilusión y con el peso de una responsabilidad enorme sobre los hombros: evitar el cierre de una universidad. Representar a mi provincia, a mi universidad —en la que aún trabajo— y a la mujer manabita preparada y valiosa, me dio una voz que supe usar con compromiso. El trabajo quedaba lejos de casa. Salía muchas veces antes que mis hijos a la escuela y regresaba entrada la noche. Aun así, con un equipo joven y competente, logramos demostrar en tiempo récord que esa institución sí podía salvarse. Aprendí de la gestión pública, del trabajo con personas de distintas regiones del país y, sobre todo, de mí misma.

Luego vino el cargo de vicerrectora administrativa. Si bien era una función de gestión, fue también profundamente humana. Mantuve contacto directo con guardias, personal de limpieza, conserjes, estudiantes y profesores. Caminaba por los pasillos de la universidad a diario, conocía las historias que habitan detrás de cada trámite. Transformamos procesos administrativos, mejoramos espacios, logramos asignaciones presupuestarias para becas y defendimos los derechos de los jubilados. Mi oficina estaba siempre abierta, la atención era cálida, y en medio de los desafíos, hice buenos amigos. Mi objetivo era demostrar que la función pública puede ser eficiente, transparente y cercana. Y aunque cuesta, es posible.

Otra etapa muy importante fue mi candidatura al rectorado. Una campaña estructurada, soñada, viva. Caminatas, propuestas, alianzas, abrazos sinceros y también decepciones. Aprendí que muchos te abrazan sin compromiso y otros —sin que los esperes— se convierten en tus aliados. Perdimos las elecciones, pero no la experiencia. Fue un proceso que viví con pasión y entrega total. Mi familia se involucró tanto como yo; conocían la propuesta, los candidatos, los sueños. Fue también una lección para mis hijos: puedes entregar todo a una causa en la que crees y aun así no obtener el resultado que esperas, pero eso no invalida el proceso ni tu valor; a veces se gana, a veces se aprende.

Creo firmemente que la educación es la base de toda transformación real y sostenible. Para las mujeres, en particular, prepararse académicamente no solo abre puertas, sino que nos permite asumir riesgos con mayor confianza, ocupar cargos directivos con solvencia y liderar con criterio y humanidad. He aprendido que no se puede caminar sola en estos espacios: se necesita un equipo sólido, no solo de personas competentes, sino de personas buenas. En mi caso, priorizo los valores por encima de todo, porque hay cosas que simplemente no se negocian. La sapiencia no solo está en saber, sino en saber acompañarse. La educación ha sido mi clave. Quizá haya otras formas, pero en mi historia, solo a través del estudio, la lectura y el intercambio con otras mentes y corazones, he podido transformarme y transformar a otros. Esa es mi manera de hacer que las cosas sucedan, sin limitaciones mentales, con la convicción de que siempre se puede aportar algo valioso.

También me defino por los desafíos que he elegido fuera de la academia. Fui deportista desde joven. Practiqué judo y taekwondo en mi adolescencia, representando a mi provincia. Luego vino el tenis, el enduro en moto de montaña —que terminé por dejar tras un accidente que afectó mi columna— y después el triatlón. Competí en carreras atléticas y ahora practico yoga. Mi vida ha estado en constante movimiento. Siempre busqué llevar mi cuerpo al límite como lo hice con mi mente. El deporte me ha enseñado a resistir, a avanzar, a recuperarme y a disfrutar el trayecto.

Si algo espero dejar como legado es la idea de que vale la pena asumir riesgos con preparación. Que la educación no termina con un título, sino que es un camino infinito. Que el conocimiento debe vibrar dentro de nosotros y darnos motivos para seguir apasionados por lo que hacemos. Que se puede vivir bien, hacer el bien y dejar huella, si actuamos con coherencia. Mi visión de futuro es simple, pero poderosa: necesitamos ser más humanos. Esto significa ser más cercanos, ser más conciliadores y aprender a encontrar felicidad en lo cotidiano, a construir desde el respeto y a educar con el ejemplo. La educación, esa que me cambió la vida, puede cambiar el mundo, porque conecta, transforma y, sobre todo, nos eleva, pero no para superar a los demás, sino para superarnos a nosotros mismos y reescribir nuestra historia con decisión y preparación.